



El Cotidiano

ISSN: 0186-1840

cotid@correo.azc.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad

Azcapotzalco

México

Ravelo, Patricia; Sánchez, Sergio

¿Adiós a las coordinadoras obreras y sindicales?

El Cotidiano, vol. 16, núm. 100, marzo-abril, 2000, pp. 105-116

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32510012>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

¿Adiós a las coordinadoras obreras y sindicales?

Patricia Ravelo *
Sergio Sánchez *

Luego de la caída del Muro de Berlín, y del surgimiento del Partido de la Revolución Democrática hacia fines de los 80, con la fuga masiva de amplias franjas de la izquierda socialista y revolucionaria hacia ese proyecto nacionalista, la franja del movimiento obrero a la que aquí nos referimos quedó postrada. Sus polos de aglutinamiento fueron escasos. En esos términos destacamos el sindicato de la Ruta 100, columna vertebral entonces del Movimiento Proletario Independiente, que, al tiempo que aglutinaba fuerzas diversas, entonces manifestaba una actitud intensamente sectaria hacia el conjunto del sindicalismo independiente, además de ser profundamente abstencionista.

Introducción

En este ensayo para el número 100 de *El Cotidiano*, haremos un balance de una forma organizativa peculiar ensayada por obreros de izquierda revolucionarios desde los 70: las coordinadoras obreras y sindicales.

Poco estudiadas desde las ciencias sociales; vistas como refugios del izquierdismo; o, en caso contrario, adoradas por ser el germen de organizaciones futuras que nunca cristalizan, han sido instancias recurrentes que cíclicamente reaparecen en el sindicalismo llamado "independiente".

Para nosotros, referirnos a las coordinadoras obreras y sindicales significa hablar de una franja de la cultura obrera en el Valle de México, entendida como un hecho simbólico, un conjunto de reglas, normas y significados sociales que, atravesados por la estructura de

clases y por la dinámica de las relaciones de poder (incluidas las relaciones de género), le permite a los obreros darle un significado y un sentido a su acción cotidiana.¹

En ese sentido, estamos convencidos que en las coordinadoras obreras y sindicales se expresó la cultura de obreros radicalizados ante el Estado y el sistema, al lado de las aspiraciones de transformación social de la izquierda revolucionaria. Todos ellos, para decirlo en palabras del antropólogo Raúl Nieto (1992), expresaron una cultura político-sindical que proclamaba su oposición al sistema; que planteaba la independencia política y sindical con respecto al Estado; que buscaba la autonomía organizativa e ideológica con respecto al capital. Todo ello en contraposición, abierta la más de las veces, a la otra franja del sindicalismo en nuestro país: la colaboracionista vinculada de diversas maneras al Estado.

*Patricia Ravelo, Profesora-Investigadora del CIESAS. D.F./UNAM.

* Sergio Sánchez Profesor-Investigador del CIESAS, D.F.

¹ Una exposición más amplia de esta definición, la cual no podemos nosotros llevar a cabo aquí por motivos de espacio, puede verse en los trabajos de Nieto (1992) y Melgoza (1992), citados en la bibliografía.

En lo que sigue nos referiremos a ese horizonte cultural radical expresado en las coordinadoras obreras y sindicales, a las características de aquellas que alcanzaron cierta base común de funcionamiento; en fin, a aquellas instancias a las que obreros e izquierda revolucionaria dieron vida terca y episódicamente desde los 70.

Trataremos de responder a la pregunta con la que titulamos este ensayo ¿Debemos decirle adiós a las coordinadoras obreras y sindicales? De ser así ¿Cuál es el futuro de esta franja del movimiento obrero?

Nuestras preguntas no son triviales. Tan solo pensemos en el resurgimiento de las posiciones revolucionarias en el movimiento de huelga de los estudiantes de la UNAM. Ello nos hace pensar que tiene alguna importancia reflexionar sobre las posiciones políticas de esta índole, las cuales algunos suponían venidas a menos en los medios sindicales.

Finalmente mencionaremos una limitación de este ensayo. Por motivo de espacio no nos referiremos aquí a las (múltiples) experiencias “frentistas” surgidas desde muy diversos sindicatos a partir de los 70. Tampoco podemos abarcar a todas las coordinaciones de activistas en los sindicatos, las cuales con frecuencia se autodenominaban precisamente coordinadoras. Precisamos: nos estamos refiriendo aquí a las coordinadoras que alcanzaron cierta base organizativa plasmada a veces en estatutos o principios propios y que fueron capaces de aglutinar a tendencias diversas del movimiento obrero.

Desde luego, la experiencia de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), la única coordinadora que parece subsistir en la actualidad, merecerá un ensayo aparte, más aún ahora, que se halla atravesando una crisis muy grande en su seno.

Las coordinadoras zonales

Entremos ya en materia. Tal vez las primeras organizaciones en las que cristalizó la cultura de estos grupos obreros y esas tendencias de

izquierda, fueron las coordinadoras zonales. Ellas aparecieron hacia los años 70 y todavía continuaron en los 80.

Ellas surgieron al influjo de la lucha de algún sindicato o al calor de una serie de huelgas que así buscaban rodearse de solidaridad.

Coordinadoras como la de Naucalpan, la de Iztapalapa, la del sindicato de El Anfora (localizada a un costado del Archivo General de la Nación), y, sobre todo, la de Ecatepec (la famosa Coordinadora Obrera de Ecatepec, la COE), alcanzaron una vida más o menos estable que comprendió los años arriba señalados (los 70 y principios de los 80).

Dentro de esa relativa estabilidad, la acción de esas coordinadoras estuvo centrada en brindar ayuda y solidaridad a los grupos obreros en lucha que invariablemente llegaban a las reuniones de la coordinación en hacer acto de presencia en las guardias de las huelgas; en los mítines y en las movilizaciones que cada sindicato o corriente sindical convocaban.

Eran muchas las actividades que se desarrollaban de cada reunión y con frecuencia era muy difícil para los miembros de las coordinadoras cubrir todas y cada una de ellas.

La actividad de esas coordinadoras era básicamente zonal. En la medida en que la coordinadora alcanzaba estabilidad, era común que a las reuniones llegaran grupos obreros en conflicto de diversos puntos del Valle de México e incluso estados cercanos. Pero su base era la zona en la que había surgido y, sobre todo, el sindicato en torno al cual se aglutinaban los diversos participantes.

Con el paso del tiempo, las reuniones de coordinación se volvían rutinarias. Gran parte del tiempo de esas reuniones lo cubría la información, detallada y pormenorizada, de los conflictos. Sólo excepcionalmente se abordaban discusiones políticas o análisis de la realidad que tal vez hubieran podido permitir una acción de más largo plazo.

Con todo, en prácticamente todas las coordinadoras se plantearon ciertas bases políticas de funcionamiento. Veamos algunas de ellas. Casi invariablemente obreros y militan-

tes de izquierda concebían a las coordinadoras como estrictamente sindicales. Su objetivo fundamental era el de respaldar las luchas de resistencia inmediata, de los obreros, rodeándolas de solidaridad.

A las coordinadoras se les concebía también como “independientes de todos los partidos políticos”, incluidos los de izquierda. En el mejor de los casos, a los partidos se les veía como organismos con características, dinámicas y objetivos distintos a la acción y la lucha sindicales. En el peor de los casos, eran vistos como la encarnación del “oportunismo”, el cual, decían, amenazaba siempre al movimiento obrero. Ligada a esta actitud, se tenía otra que era la antielectoral-abstencionista fundamentada en la idea de que las elecciones eran una farsa, la famosa “farsa electoral”.

Esta última visión de los partidos y de las contiendas electorales, muy difundida en épocas en las que apenas se iniciaba la reforma política, era promovida por militantes de un buen número de organizaciones de izquierda.

Algunas tendencias de izquierda planteaban un punto de vista distinto y hablaban de la necesidad de buscar aproximaciones y puentes entre sindicatos y partidos, sobre todo los de izquierda. Recuérdese que hacia fines de los 70, la izquierda se agrupaba en el Partido Comunista (luego Partido Socialista Unificado de México, PSUM) y en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), aunque como bien sabemos, el espectro de la izquierda era muy amplio ya en ese entonces.

A pesar de esos debates, en los que se insistía en la “autonomía” de las coordinadoras zonales con respecto a los partidos, en buen número de ellas las actividades llegaron a estar orientadas por grupos políticos de izquierda diversos. Por ejemplo, en la de Naucalpan imperó la idea de impulsar luchas por la independencia sindical, por desincorporar sindicatos de centrales y federaciones oficiales. Algunas de estas luchas implicaron enfrentamientos muy graves, incluso con saldo de obreros muertos.

También fue norma que se exigiera representatividad para tener peso en la toma

de decisiones. Esa representatividad se identificaba con la adscripción a cargos en comités ejecutivos sindicales. Se partía de la idea que ese hecho otorgaba amplio respaldo de las bases sindicales. Esta posición probablemente se originó de las reservas que provocaban algunos grupos que se presentaban como organizaciones pero que realmente no eran tales, que inventaban una base social, orientación ésta a la que se denominaba (y aún se denomina) “membretismo”.

La vida de casi todas las coordinadoras zonales de este periodo fue efímera. Su existencia concluía una vez que la coyuntura de lucha había pasado y el sindicato convocante llegaba a un pacto con el capital; o bien, cuando el mismo sindicato había sido derrotado. También el arribo de tendencias políticas adversas a la coordinación en el comité ejecutivo de ese sindicato propiciaba a menudo el fin de la experiencia de coordinación.

Pero por lo menos en la Coordinadora Obrera de Ecatepec (COE), existió la inquietud por superar los marcos de acción arriba apuntados. En ella se vio la necesidad de establecer principios políticos explícitos, cierta estructura organizativa, y planes de trabajo a más largo plazo. Todo quedó en proyecto. Cuando se empezaba a avanzar en ese sentido, a fines de 1981, la COE, junto con otras fuerzas político-sindicales, dieron origen a la Coordinadora Sindical Nacional.

La Coordinadora Sindical Nacional (1982-1983)

La experiencia de la COSINA (como se le conoció por sus siglas) se inició en enero de 1982. En ella se expresaron buen número de los grupos obreros y de militantes sindicalistas pertenecientes a la izquierda revolucionaria en sus diversas vertientes: maoístas, trostkistas, leninistas, uno que otro autonomistas y anarquistas, etc.

La variedad de concepciones era grande, como se podrá imaginar el lector. Unos llevaban consigo posturas abstencionistas; otros promovían la participación electoral de la clase obrera. Los obreros que le dieron origen espe-

rabán solidaridad para con sus luchas; otros veían más allá y pensaban en una organización estable y permanente de lucha.

Por ello esta coordinadora fue importante. Por el número de fuerzas político-sindicales y de grupos obreros que ahí concurren; porque expresó un impulso unitario en el movimiento sindical ante lo que se denominaba “ofensiva capitalista.”

mocráticas; y aceptó a los partidos de izquierda como fuerzas legítimas en la coordinación, otorgándoles voz pero no voto.

En ese mismo año la COSINA llevó a cabo muchas movilizaciones se presentó como una alternativa para diversos movimientos huelguísticos; y su Comisión Ejecutiva (que era su dirección, la cual era electa democráticamente) jugó un papel importante en esos mo-



FOTO: ESFERA

En realidad, en esos años apenas se empezaban a vivir los primeros síntomas de toda una política estatal que luego se identificó como “neoliberal”. Entonces se pensaban que podía establecerse una barrera a lo que se veía sólo como una “ofensiva capitalista”.

En un primer momento pareció predominar la tendencia a conformar una organización más estable, capaz de orientar la lucha obrera en su conjunto. Fue así que en abril de 1982, la COSINA se dotó de acuerdos y principios políticos que contenían posiciones socialistas de una estructura organizativa democrática; reconoció como fuerzas representativas en los sindicatos a las corrientes sindicales de-

vimientos, llegando incluso a plantearles alternativas de acción.

Rápidamente extendió su acción hacia otros lugares del país, diversos grupos de obreros y miembros de organizaciones revolucionarios la vieron como la alternativa organizativa que requerían. Así surgieron regionales de la COSINA en Oaxaca (impulsada por la COCEI), en Michoacán (entre los obreros de la siderurgia Lázaro Cárdenas), en Jalisco y en Sonora (impulsada aquí por militantes del PSUM).

Adoptó como consigna central la idea de “¡Ni una lucha aislada más!”, la cual, hay que decirlo, periódicamente reaparece en las

filas del movimiento obrero. Vio como problema central la lucha contra “la austeridad capitalista”, en contraposición a otros agrupamiento sindicales que no gustaban de hablar en esos términos porque les parecían muy fuertes o radicales. Y a través de su Comisión de Conflictos, articuló un frente de obreros de la pequeña y mediana industria que habían vivido despidos o cierres de fábricas.

Ese frente de obreros en lucha llevó a cabo acciones (como mítines constantes en la secretaría del Trabajo, en ese entonces en la colonia de los Doctores) que le permitieron establecer negociaciones conjuntas con los empresarios y alcanzar indemnizaciones y liquidaciones en dinero para muchos de los obreros que ahí participaban.

La COSINA se presentó como una alternativa revolucionaria distinta e incluso antagónica a otro proyecto paralelo, el Pacto de Unidad y Solidaridad Sindical (PAUSS), impulsado principalmente por el PSUM. A este agrupamiento se le veía desde la COSINA como “reformista”, por plantear la “reorientación de la política económica del régimen”, y por los acercamientos de algunos de sus líderes con el Congreso del Trabajo. Esto se veía como una falta de principios inadmisibles para los grupos obreros y la izquierda revolucionaria que participaban en la COSINA.

Sin embargo, los meses siguientes al encuentro efectuado en abril de 1982, revelaron cuán débiles eran los acuerdos logrados entre quienes habían influido en ella. Fue así que se presenció el retiro de los comités ejecutivos de sindicatos de cuatro empresas: Moctezuma, Tepepan, Mexicana de Envases y Trilmobile.

Para respaldar su retiro, estos grupos hicieron críticas a la COSINA. Hablaron de su escasa “representatividad” y de su tendencia al “membretismo”; es decir, se manejaban los mismos argumentos que en las coordinadoras zonales para rechazar la participación de las corrientes sindicales, aún y cuando, como vimos, se habían aceptado esas corrientes como fuerzas representativas en la COSINA.

Este primer desprendimiento de la COSINA concluyó en la incorporación de casi

todos esos sindicatos, más bien de las direcciones de esos sindicatos al proyecto del PAUSS. Tal vez este brusco viraje se debió a que las direcciones de esas organizaciones veían mayor fuerza en los sindicatos «constituidos» del PAUSS, entre ellos los universitarios y algunos otros, como el SUTIN, una de cuyas secciones, el Centro Nuclear, militaba en la COSINA.

Posteriormente, y en torno al III Encuentro, el 20 de noviembre de ese año, se asistió a una nueva división. Entonces una parte de los grupos obreros y de militantes políticos de la COSINA plantearon que era necesario “constituir” a la coordinadora. Concebían este proceso como un avance de los grupos, corrientes y partidos políticos de la coordinadora hacia una organización de combate estable y permanente. Hubo otro sector que se opuso. Veía un riesgo “constituir” a la COSINA al margen de las bases sindicales, sin su apoyo.

En medio de enconados debates en ese encuentro se acordó constituir a la COSINA. Pero en los hechos, esto no se llevó a cabo. Los desacuerdos en torno a la constitución de la COSINA habían sido profundos. Luego de tan fuertes debates no tardó en llegar la desbandada. Los meses siguientes abandonaron la COSINA otros sindicatos (el del Metro, el de Acros y el del Metal). Luego el del SITUAM y el del SUTICIA.

En junio de 1983, organizaciones como el SITUAM irían a la huelga junto con los principales sindicatos del PAUSS, quienes, al unísono de la CTM, plantearon huelgas por aumento salarial de emergencia bajo la idea de la “reorientación de la política económica del gobierno”. Trataban de doblegar al recién estrenado gobierno de Miguel de la Madrid, primer artífice de las políticas neoliberales.

Inesperadamente, la consigna de la COSINA de no dar ni una lucha aislada más se había cumplido, pero con otro contenido y con la esperanza de una especie de “huelga general” de la CTM, la cual sí estalló en la pequeña y mediana industria, mientras que sus principales sindicatos prorrogaban el estallamiento de sus huelgas.

Los meses siguientes se presenció un paulatino proceso de disgregación de ambos

agrupamientos, COSINA y PAUSS. Este proceso no fue advertido porque durante algunos meses el movimiento de izquierda logró articular dos respuestas al gobierno de Miguel de la Madrid; al organizar dos paros cívicos desde el Frente Nacional en Defensa del Salario, Contra la Austeridad y la Carestía, el FNDSCAC. Hacia 1984 el FNDSCAC también se había diluido.

Las coordinadoras obreras y sindicales en los 80-90 y la Coordinadora Intersindical Primero de Mayo

¿Qué sucedió luego de la disgregación de esos intentos de coordinación obrera y sindical de principios de los 80? Inesperadamente asistimos a un retorno de las coordinadoras zonales. A partir de 1983, al calor de las “huelgas de junio”, surgió la Coordinadora de Luchas Obreras de la Zona Sur (CLOZS), la cual funcionó varios años.(1988-1989).

Animada notablemente por el grupo *En Lucha*, famoso ahora por su activismo en la UNAM, muchas de las orientaciones de las primeras coordinadoras zonales se volvieron a presentar en la CLOZS. Esta coordinadora realmente nunca dejó de ser un pequeño agrupamiento de obreros en lucha y de militantes revolucionarios, en el cual predominó una actitud sectaria hacia la izquierda y hacia el conjunto del movimiento obrero de oposición al régimen, además de un marcado abstencionismo electoral.

Hacia 1986 surgió en el norte del Valle de México el Foro Obrero de Tlalnepantla, en torno al sindicato de loza La Favorita. Aglutinó en torno a él a una serie de sindicatos en conflicto. Su política no se distinguió mayormente de las coordinadoras zonales y se reeditaron las posiciones ya expuestas. Incluso éste fue un proyecto hermano al de la CLOZS.

Ambos agrupamientos se fueron diluyendo poco a poco una vez que los conflictos que los animaron concluyeron.

No fueron éstas, todas las experiencias de coordinación de esos años. El Sindicato Mexicano de Electricistas organizó la Mesa de

Concertación Sindical basada en los comités ejecutivos de un amplio número de sindicatos y bajo las mismas concepciones del PAUSS: la reorientación de la política económica del régimen. Después de muchas reuniones, desplegados en los periódicos y algunas movilizaciones en contra de la deuda del país, el SME dio por concluida esta experiencia de encuentro entre diversas corrientes sindicales.

Sería hacia fines de los 90, ante la amenaza de la privatización de la industria eléctrica; que el SME daría origen a otros frentes sindicales, con el objetivo de rodear de solidaridad su lucha de resistencia.

Volvamos a los 80. Entonces se desarrollaron otras experiencias de coordinación. Destacamos los esfuerzos de coordinación de mujeres sindicalistas que en este tiempo se organizaron; notablemente los vinculados al sindicato de costureras “19 de septiembre”, luego de los terremotos que asolaron la ciudad de México en 1985.

Por su importancia le dedicaremos el último apartado de este ensayo a este tipo de esfuerzos de coordinación. Pero veremos que en ellos reaparecieron algunos de los debates ya mencionados, como los que aludían al papel de los partidos en el movimiento obrero. Desde luego, estaba la postura de excluirlos de las coordinaciones.

Luego de la caída del Muro de Berlín, y del surgimiento del Partido de la Revolución Democrática hacia fines de los 80, con la fuga masiva de amplias franjas de la izquierda socialista y revolucionaria hacia ese proyecto nacionalista, la franja del movimiento obrero a la que aquí nos referimos quedó postrada. Sus polos de aglutinamiento fueron escasos. En esos términos destacamos el sindicato de la Ruta 100, columna vertebral entonces del Movimiento Proletario Independiente, que, al tiempo que aglutinaba fuerzas diversas, entonces manifestaba una actitud intensamente sectaria hacia el conjunto del sindicalismo independiente, además de ser profundamente abstencionista.

Otro polo aglutinador de las posiciones radicales lo siguió siendo el SITUAM, el sindicato de la Universidad Autónoma Metropolita-

tana, impulsor desde principios de los 90 de un pequeño proyecto de coordinación: la Coordinadora Nacional de Sindicatos Universitarios y de la Educación Superior, la CNSUES, proyecto con poco impacto en ese sector pero que, sin embargo, hasta fines de los 90 mantenía cierta actividad.

El levantamiento armado del EZLN en Chiapas el 1° de enero de 1994, sacudió a esta franja. Volvió a rondar la posibilidad de una alternativa radical. Las posiciones largamente incubadas por la izquierda sindical revolucionaria cobraron un nuevo auge. Durante 1994 se dio el intento de fundar la Convención Nacional de Trabajadores, en el marco de la Convención Nacional Democrática convocada por el EZLN, esfuerzo que no tuvo continuidad.

Hacia principios de 1995, diversos esfuerzos de coordinación se cristalizaron en un nuevo agrupamiento obrero y sindical con posturas revolucionarias. Más que el levantamiento del EZLN, la gran crisis económica de diciembre de 1994 (con su caudal de cierre de empresas, de despidos de miles de trabajadores, de carestía, de salario hecho polvo) propició que esos esfuerzos se concretaran.

A principios de 1995 el SUTIN convocó a todas las fuerzas del sindicalismo independiente para analizar la situación económica del país y los planes de emergencia que ya implementaba el recién estrenado gobierno de Zedillo.

Luego de varias reuniones de análisis, y luego de ampliar la convocatoria, el SUTIN, el SITUAM, secciones disidentes del magisterio en el Valle de México (la IX), el STUNAM, y un conjunto de agrupamientos obreros y miembros de organizaciones socialistas (entre los que destacaban el SUTAU-100 y el Movimiento Proletario Independiente, el MPI, otrora fuertemente sectarios hacia otros agrupamientos sindicales, pero ahora empujado a la lucha común por el cierre de la empresa Ruta-100 y el encarcelamiento de sus líderes) dieron origen a lo que hasta ahora (año 2000) se conoce como la Coordinadora Intersindical Primero de Mayo (CIPM).

En aquel tiempo, también participaban en la naciente CIPM desprendimientos del mo-

vimiento obrero oficial tales como la llamada CROC-Democrática o el Consejo Nacional de Trabajadores (CNT).

El impulso a la primera gran manifestación independiente al Zócalo ese primero de mayo, luego que el Congreso del Trabajo canceló su participación, con un medio millón de participantes, dio un gran impulso a la CIPM. Al calor de su organización como un proyecto estable y permanente asistimos a la reedición de las viejas discusiones. Es decir, discusiones sobre la necesidad de una respuesta unitaria a las reestructuración capitalista. Sobre qué actitud asumir ante el movimiento obrero ligado al Estado. Sobre las posibilidades o no, de vincular al movimiento sindical de la izquierda radical con los partidos, con el PRD en concreto, el cual, sin embargo, estuvo presente en la CIPM desde un principio, a través de su Comisión Nacional Sindical.

Este nuevo ensayo de coordinación, con posturas radicales de izquierda, con desprendimientos del sindicalismo oficial, fue capaz de subsistir varios años, hasta 1999 aproximadamente. Aunque no ha decretado su autodisolución, hacia ese año ya prácticamente no figuraba en los medios sindicales.

¿Qué sucedió esos años? La historia es compleja y trataremos de sintetizarla aquí. La CIPM mantuvo a lo largo de esos años reuniones semanales en diversos lugares de la Ciudad de México. Brindó solidaridad a muchos grupos en lucha. Se mantuvo organizando marchas multitudinarias al Zócalo los primeros de mayo siguientes a su surgimiento.

En 1995 llamó a una "Jornada Nacional de Protesta", que pretendía ser una reedición de los Paros Cívicos Nacionales que con bastante más éxito se llevaron a cabo entre 1983 y 1984. Muy pocos grupos obreros respondieron a ese llamado más bien voluntarista. Asimismo organizó una Consulta Nacional sobre la Libertad Sindical a fines de 1996.

Pero desde su surgimiento la CIPM tuvo una fuerte competencia por parte de otras fuerzas del sindicalismo. Casi al unísono de su surgimiento, en 1995, las que provenían de la Federación de Sindicatos de Empresas de Bienes y Servicios, la FSEBES (con fuerte hegemonía



FOTO: YURI VALECILLO

del sindicato de Telefonistas dirigido por Francisco Hernández Juárez) dieron origen al "Foro del Sindicalismo ante la Crisis y ante la Nación". Este agrupamiento en realidad retomaba la orientación que ya vimos: aludía a la necesidad de un "nuevo pacto social" de los trabajadores con el Estado, siento esta consigna, en el fondo, la reedición de la lucha por la "reorientación de la política económica" del gobierno.

El surgimiento de este polo impactó desde un principio a la CIPM, pues fuerzas de ella como el FAT, el STUNAM, el sindicato de Pesca, y el CNT, notablemente, mantuvieron todo ese tiempo su participación también en el "forismo" (como se le conoció), por lo menos hasta 1997 a 1998.

Un importante sector de la CIPM, desde un principio, ejerció una crítica constante hacia el "forismo", el cual fue catalogado como "neocorporativo" y "neocharro". Desde entonces se vio una gran incapacidad para desplegar una política de alianzas coherente por parte de ese sector, el cual estaba representado por

una serie de pequeñas organizaciones políticas de corte trotskista. Sólo hubo breves destellos en la CIPM de una política más racional hacia el "forismo", pero en los momentos fundamentales se impuso el sectarismo más irracional, estilo "ultra" del actual Consejo Nacional de Huelga de la UNAM.

Durante 1996, la CIPM mantuvo sus actividades de apoyo y solidaridad a diversas luchas. Algunas divisiones vivió desde en un principio (la salida del sindicato de Euzkadi, del SUTIN, entre otros). Varios núcleos en otras parte del país impulsaron su proyecto, llegando a surgir una coordinadora regional en el estado de Jalisco, con escasa influencia en ese lugar. Empero, realmente no coordinó luchas obreras, ni las que impulsaba periódicamente la CNTE, algunas de cuyas fuerzas participaban en la CIPM.

Hacia 1997 la CIPM fue capaz de impulsar encuentros de sus fuerzas que le permitió definir programa, principios y estatutos; dos años después de su aparición. Ante el surgi-

miento de la Unión Nacional de Trabajadores (UNT), a fines de ese año, a partir de un sector del “forismo”, en ella se dieron fuertes debates de nuevo sobre la figura de esa nueva central. Incluso en la CIPM se llegó a asistir a la Asamblea Nacional de los Trabajadores de agosto de ese año, convocada por las fuerzas del “forismo” interesadas en organizar la UNT.

En octubre, durante el Congreso de la CIPM, la polémica sobre la actitud ante la naciente UNT fue intensa. Obviamente se perfilaron dos posiciones: las “moderadas”, encarnadas en aquellos sindicatos que tenían un pie en el “forismo”; y las “ultras”, profundamente sectarias ante otras fuerzas sindicales.

Entonces ganaron democráticamente, por mayoría de votos, estas últimas posiciones. Las consecuencias fueron, sin embargo, graves para un proyecto como el de la CIPM que tenía en su seno precisamente posiciones “moderadas” tendientes a acercarse a la naciente UNT.

Luego de tal acuerdo, la desbandada empezó a darse. Abandonaron a la CIPM los sindicatos que vieron mayores perspectivas en la UNT y otros que, siendo “foristas”, no se incorporaron a esta última central. Luego, la “ultra” que se mantuvo en el proyecto fue incapaz de levantar un proyecto propio. Poco a poco la CIPM perdió presencia en el movimiento obrero y hacia 1998 y 1999 estaba completamente marginada por la proliferación de proyectos sindicales: los de la sección IX, el de los telefonistas (el Movimiento Social de los Trabajadores), los del SME (el Frente Sindical Mexicano y el Frente Nacional de Resistencia Contra la Privatización de la Industria Eléctrica), entre otros. Incluso se dio la salida del SITUAM de la CIPM.

Avatares de las coordinadoras de trabajadoras feministas militantes

¿Qué podemos decir de las mujeres en los sindicatos? Desde luego, ellas nunca estuvieron ausentes de las experiencias de coordinación que hemos mencionado. Más bien encontramos una importante participación de obreras y de militantes de izquierda de sexo femenino

en todas ellas. Pero aquí nos vamos a referir a las coordinadoras específicas de trabajadoras feministas militantes.

Desde 1980 ubicamos los primeros esfuerzos en este sentido. En esos años, el grupo feminista Comunicación Intercambio y Desarrollo Humano en América Latina (CIDHAL), impulsó con otros grupos, la organización de las trabajadoras. Sus esfuerzos no tuvieron la continuidad ni coordinación esperada por problemas internos que propiciaron su división hacia fines de los 80 y principios de 90. Este grupo feminista y varios más, motivaron un Encuentro de Trabajadoras del Valle de México.

Luego se organizó un Foro de la Mujer en 1984, en el cual se incorporaron; además de los grupos feministas, mujeres de organizaciones políticas de izquierda como el Frente Nacional Contra la Represión, el histórico FNCR, con la participación destacada de Rosario Ibarra. En ese foro participaron 400 mujeres de diversos sectores (campesinas, colonas, estudiantes y obreras). De ahí surgió «una instancia de coordinación y trabajo» que se encargó de “promover reuniones regionales y sectoriales”. Llevó a cabo dos reuniones regionales: una, en 1984, que se conoció como el Primer Encuentro Regional de Trabajadoras de las Maquilas, realizado en Ciudad Juárez; y otra en agosto de 1985, el Encuentro de Obreras del Valle de México, efectuado en el Distrito Federal.

Otro encuentro más se organizó al calor de esos esfuerzos: el Primer Encuentro Regional de Trabajadoras de los Servicios en el Valle de México, programado para ese mismo año (1985), que fue suspendido por los sismos de septiembre de 1985. Entonces, feministas, activistas y trabajadoras sindicalistas; se volcaron a la organización del “primer sindicato conformado y dirigido por mujeres: el Sindicato de Costureras “19 de Septiembre”, el cual hoy (año 2000), en los hechos, prácticamente no existe.

En ese contexto surgieron reuniones para organizar el Primer Encuentro Nacional de Trabajadoras Asalariadas, que tuvo resonancia por la “necesidad de discutir y profundizar acerca de las condiciones de trabajo de las mujeres en México”. Recordemos que en ese entonces

se implantaban ya programas de reestructuración capitalista, tanto a nivel fabril (los planes de reconversión industrial), como a nivel del trabajo burocrático (el llamado servicio civil de carrera).²

Entre los muchos esfuerzos de coordinación hay que mencionar reuniones para discutir la situación de la fuerza laboral femenina; así como encuentros sobre las perspectivas de las trabajadoras ante el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Entre estos últimos eventos, hay que destacar los contactos con mujeres sindicalistas de Estados Unidos y del Canadá.

Hay que mencionar también que, estos esfuerzos han sido coordinados principalmente por grupos feministas y sindicalistas como Mujeres en Acción Sindical (MAS) y el Grupo de Educación Popular para Mujeres (GEM), entre otros, además de grupos de agremiadas a diversos sindicatos. Por su parte, el Frente Auténtico del Trabajo, ha impulsado y organizado igualmente esfuerzos de esta índole.

Esos fueron algunos de los antecedentes del Segundo Encuentro Nacional de Mujeres Trabajadoras realizado en Oaxtepec en octubre de 1995, donde participaron 460 delegadas representantes de 89 organizaciones sindicales y feministas provenientes de 19 entidades del país. Aquí se plantearon viejas y nuevas demandas en torno a la clase y el género.

En los resolutivos de este encuentro; destacan algunas de las demandas que históricamente han sido reivindicaciones del feminismo en el trabajo: la maternidad libre y voluntaria; la prohibición de exámenes de gravidez para ingresar a laborar; la creación de un mayor número de guarderías; la desaparición de sistemas de trabajo que propicien la segregación laboral, salarial, y cualquier tipo de discriminación y de hostigamiento, principalmente sexuales.

Entre las nuevas demandas se plantearon algunas que corresponden a las actuales

² La información hasta aquí citada proviene del artículo aparecido en el boletín *Nosotras* incluido en la bibliografía.

condiciones de trabajo, producto del modelo neoliberal. Resaltan aquellas referidas a la intervención de los sindicatos en la regulación de los cambios en el proceso de trabajo, la capacitación y la productividad; a las modificaciones legales, específicamente en torno a la salud y la maternidad, como incluir en la Ley Federal del Trabajo el reconocimiento de las enfermedades femeninas como enfermedades profesionales, calificando al estrés y a la violación como riesgos de trabajo; así como proponer reformas a la Ley del IMSS para evitar la pérdida de la pensión a viudas con hijos menores si vuelven a casarse, entre las demandas más importantes.

También se propuso la creación de una procuraduría para la defensa de los derechos de la mujer; revisar desde la perspectiva de género los contratos colectivos; formar una coordinación de carácter abierto y plural, capaz de fomentar el desarrollo de nuevos liderazgos y de preparar un programa de acción que coordine el intercambio y el encuentro intersectorial e inter-regional con trabajadoras sindicalizadas o no, sin olvidar el vínculo con organizaciones de trabajadores y trabajadoras de otros países.

En este mismo marco se planteó apoyar la "Campaña por un salario constitucional y digno para las trabajadoras de la maquila".

Fue un hecho que las participantes en este encuentro se centraron más en los problemas del empleo, la productividad y de las nuevas condiciones de trabajo y no fueron suficientemente discutidas cuestiones concernientes a la democracia sindical y a la necesidad de una nueva cultura política en los sindicatos y entre las mismas militantes feministas.

Fue importante la discusión sobre cuestiones de salud y seguridad social, ante los inminentes cambios que se avecinaban y de hecho se efectuaron con las reformas a la Ley del IMSS.

Finalmente, del "programa reivindicativo" destacó la necesidad de diseñar iniciativas laborales y contractuales que reconozcan la responsabilidad social en la jornada doméstica y la crianza de los hijos; así como adoptar medidas que protejan a las ma-

dres trabajadoras que sean jefas de familia; entre otras propuestas.³

Ahora bien, es necesario plantearse como tarea el balance objetivo de cuáles son los resultados políticos de este tipo de esfuerzos. Hay avances, sobre todo programáticos, pero esos avances no resultan tan claros en cuanto a organización. En la realidad estos esfuerzos de coordinación han sido episódicos y no han permanecido, debido a diversos factores de índole ideológica y política. Pese al supuesto consenso entre las diferentes posiciones de los grupos feministas y sindicalistas, en la práctica cometieron errores en la conducción y orientación de luchas obreras y en los intentos de sindicalización, como lo muestra el caso del Sindicato "19 de Septiembre".

Este caso marcó un retroceso importante para el feminismo sindical que ahí participó, en sus diversas expresiones, pues muchas de las obreras y activistas que ahí intervinieron fueron incurriendo en errores de conducción del sindicato: sobrevalorar el papel de las asesoras del sindicato, llegando incluso a sustituir a las bases obreras; antidemocracia, cooptación y clientelismo entre las bases; una suerte de abuso de los recursos que entonces fluían hacia el «sindicato surgido de los escombros» que tal vez podría identificarse como corrupción; gran intolerancia para manejar las diversas opiniones que en el sindicato existían; entre otras cuestiones.

Todo ello fue propiciando el deterioro de ese proyecto. La desbandada se fue dando y hoy el "19 de Septiembre", sólo cuenta con dos secciones con pocas decenas de obreras, habiendo quedado incorporado a la COR, luego que en sus momentos de auge llegó a tener unas ocho o diez mil obreras.

A pesar de esos fracasos, que no pueden verse como menores, pueden advertirse algunos avances en la organización de las mujeres en los sindicatos. Se han propiciado cambios en su nivel de conciencia, tanto de clase

como de género. Que los avances no sean tan considerables puede deberse a factores que no podemos dejar de señalar, al menos en el campo que podemos llamar democrático e independiente. Uno de esos factores puede remitirnos a la cultura político sindical corporativa, que ha dominado el escenario nacional y que parece reproducirse de mil maneras en el mismo sindicalismo con presencia de la izquierda.

Como cierto avance debemos señalar la permanencia de grupos de mujeres sindicalistas (algunos de ellos protagonistas de toda la historia aquí narrada) y que sin desmayar organizan talleres y eventos de distinta índole. Resaltamos los de formación sindical y los de formación de nuevos liderazgos.

Desde luego, debemos referirnos a la participación de las mujeres sindicalistas en la única coordinadora de trabajadores que proviene de las experiencias de los 70 y 80: la Coordinadora de Trabajadores de la Educación. Ya hay mujeres que han accedido a puestos de dirección en diversos sindicatos (SNTE, telefonistas, administrativos de El Colegio de México, por mencionar dos casos).

Sabemos también que en la CTM y en otros sindicatos, funcionan coordinadoras de mujeres sindicalistas y dirigentes que mantienen actividades de discusión, intercambio de experiencias y actividades políticas diversas.

No sabemos si en todos esos casos se impulsa una política de clase y de género, pero creemos que hay que resaltar el avance de las mujeres en puestos de dirección sindical.

Viendo hacia el siglo XXI

¿Qué concluimos de todo lo antes dicho? En primer lugar, que entre sectores de la clase obrera del Valle de México puede ubicarse una cultura proclive a posiciones revolucionarias, que plantean la unidad de esa clase con vistas a la búsqueda de un sistema social superior. Esa cultura ha dado lugar, cíclicamente, a la conformación de organismos como las coordinadoras obreras y sindicales.

³ La información sobre el Segundo Encuentro Nacional de Mujeres Trabajadoras proviene del artículo de Gamboa y Loya (1992), citado en la bibliografía.

En esa cultura pueden percibirse distintas expresiones históricas del movimiento socialista. Existe ahí la “ultra”, es decir, las posiciones clásicamente izquierdistas, sectarias, anti-partido y abstencionista. El ala “moderada” o reformista, que sólo aspira a la reforma del sistema, no a su transformación revolucionaria. Y el ala revolucionaria inclinada a establecer estrategias de acción sindical de largo plazo, que busca trascender el sectarismo y vincular a los sindicatos con el movimiento social mayor y el o los partidos que mejor representen los intereses de la clase obrera.

Hemos visto que el encuentro de estas tendencias en las coordinadoras, no ha cristalizado en organizaciones estables y permanentes. Fatalmente hemos visto cómo todos los esfuerzos organizativos de estas tendencias se han diluido. Probablemente el carácter de la izquierda en México, inconsistente, poco tenaz, haya propiciado también la disolución de estas experiencias, al lado de las agudas crisis económicas de las últimas décadas, que arrasan con empresas y con grupos obreros más o menos organizados y concientes.

En ese contexto, parecerían haber sido un poco más consistentes los esfuerzos de las sindicalistas feministas para influir con su ideario a ciertos sectores de la clase obrera y de la sociedad. Pero aquí tampoco hay que echar las campanas al vuelo, pues no deben olvidarse fracasos tan serios de ellas como el del “19 de Septiembre”.

¿Qué hacer ante un nuevo siglo en el que a ojos vista el movimiento sindical no cuenta con una organización de izquierda ni con una política coherente y de largo plazo que influya realmente a otros sectores de la clase obrera y con presencia nacional?, ¿qué hacer si lo que predomina en el medio sindical independiente es la dispersión de fuerzas, la emergencia periódica de frentes coyunturales, las viejas ideas del nacionalismo revolucionario?

¿Qué hacer si tantas veces la izquierda en los sindicatos ha reeditado la cultura política priista consistente en difundir el clientelismo y la corrupción entre las mismas bases obreras, las cuales, hay que decirlo, parecen en general inclinadas a este tipo de prácticas, más

que a imponer las prácticas de la democracia y las de la verdadera militancia en los sindicatos?

¿Qué hacer si en los medios sindicales vemos la permanencia de actitudes de desconfianza hacia los partidos políticos y se mantiene la idea que sólo a través de la acción sindical pueden lograrse mejoras en las condiciones de vida laboral de la población trabajadora?

No pretendemos aquí respuestas acabadas a estas preguntas. Tan sólo diremos que en épocas en que el neoliberalismo se sostiene con dificultades, y amplios sectores se movilizan en el mundo para cuestionarlo (indígenas, estudiantes, ambientalistas y trabajadores), en México es necesario un reagrupamiento de las fuerzas de la izquierda realmente consecuentes en los sindicatos, capaces de presentarle una alternativa organizativa y política al conjunto de la clase obrera e incluso al país.

En ese sentido es necesario plantear que las coordinadoras obreras y sindicales, con sus grandes limitaciones, deben de pasar a la historia. El movimiento obrero con influencia de la izquierda tiene el imperativo de buscar otras formas de organización, más estables, más sólidas y unidas. Podemos entonces responder a la pregunta que guió este ensayo: sí, hay que decirle adiós a las coordinadoras.

Sólo a partir de ahí es posible marchar hacia una reorganización sindical que permita que el movimiento obrero se recupere de su postración, para que él asuma un papel protagónico (tal vez no central), junto con otros actores sociales, en la búsqueda de una nueva sociedad, más justa y equitativa.

¿Viviremos para ver los primeros pasos reales de ese proceso y finalmente cerrar el capítulo de los grandes fracasos organizativos de la izquierda en los sindicatos, en donde la experiencia de las coordinadoras obreras y sindicales tiene ya un lugar asegurado?

¿Viviremos para presenciar el surgimiento de una nueva cultura obrera y de una nueva izquierda revolucionaria, despojadas de los resabios izquierdistas, sindicalistas y corporativos, tan presentes en ambas las últimas décadas del siglo XX?